



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

SUBTÍTULO

José Iván Rodríguez Macario



SEGUNDO PREMIO
2010

Colección: Biblioteca Universitaria. Premios de Relato Corto

SUBTÍTULO

JOSÉ IVÁN RODRÍGUEZ MACARIO

Bajo el seudónimo: LEÓN MIRANDA

SEGUNDO PREMIO RELATO CORTO 2010

SUBTÍTULO

Martel no sabía escribir novelas, pero intitulaba libros imaginarios como nadie. Quiere decirse que Martel era un poco torpe para juntar palabras, para crear tramas argumentales interesantes y con gancho. A lo más que llegaba era a planificar una obra de arriba abajo, personajes incluidos, cada coma, un giro lingüístico, los vaivenes de la historia, los puntos débiles y los fuertes, los diálogos clarividentes y las ocultaciones enigmáticas. Todo era escrutado, calculado, tamizado por su cabeza. Incluso llegaba a pronunciar en voz baja alguna que otra frasecilla, como si ya estuviera impresa en realidad. Pero, ciertamente, a la hora de plasmarlo, Martel echaba por la borda todo ese trabajo previo. Se sentaba ante la pantalla de su ordenador, o a la vieja usanza cogía papel y lápiz, y entonces se trastabillaba, no daba una. Con esfuerzo de mil demonios, construía un párrafo y pasaba a leerlo. No. Más bien a leerlo, releerlo y volver a leer, y al fin, agotado, acababa rompiéndolo viendo el fracaso de su criatura, llena de impurezas, sin expresar con calidad y claridad lo que pretendía. Algunas veces, sin embargo, barruntaba que era demasiado perfeccionista y que tampoco tenía que parecer Cervantes para tener algo digno. Así que entonces llamaba a algún compañero o compañera de carrera y le presentaba su texto. *Déjalo, tío, lo tuyo no es esto, mejor te dedicas a otra cosa. Anda, ponte a estudiar. Vaya rollo, no se entiende nada, y aburre que no veas.* En fin, un desastre.

Esta afición a escribir no poseía fecha de nacimiento exacta, se trataba de un proceso arraigado en la infancia, desde que leyera aquella obrita para niños sobre unos tiburones que hablaban y un héroe de seis años que los dominaba. Especial relevancia tuvo, después, un pequeño juego ideado por la profesora de Lengua, en séptimo de EGB, en el que todos tenían que hacer una historieta, como si autores renombrados fueran. La propuesta didáctica era en verdad atractiva y participativa, en la época en que todavía la ESO no había hecho los estragos de todos conocidos. Pero, actualizando el dicho de la harina, eso es hamburguesa de otra McDonald's. El caso es que Martel ganó como obsequio *El Principito*, en edición de bolsillo, por un trabajo llamado *La Venganza Incumplida*: cuento simplón acerca de un chaval que no conseguía vengar, en el oeste americano, la cruel muerte de sus padres. Poco importó que más de la mitad de los alumnos se llevara el mismo regalo, Martel vio ante sí su futuro como intelectual.

Lo que ocurre es que uno propone y la vida dispone. Superada la prueba de acceso, esa que los jóvenes pupilos tanto temen, Martel deseó con todas sus ansias iniciarse en la filología hispana, saciarse de Unamunos y Quevedos, Barojas, Azorines, Delibes. La fantasía de Borges, el Caribe de García Márquez. Zoe Valdés, Isabel Allende. Poetas, poetisas, críticos/ dramaturgos y un larguísimo etcétera de personas que se han dedicado a una pasión universal.

–Pero a ver, Gerardo– en la casa Martel Santana, los nombres de pila, como no podía ser menos, eran prioritarios– para qué sirve eso de la filo...no sé qué.

–Pues mira, papá, para lo mismo que sirve la filosofía, el arte, la geografía, la historia, para culturizarte y ser mejor persona.

–Bah, tonterías, no me vendas la moto. Eso que quieres estudiar no sirve para nada. Mira, mejor haces como tu primo Yeray, que ahora es un abogado de maravilla. O si no, estudia empresariales, y te montas un chiringuito en cualquier lado. Eso sí que tiene salidas, ya tú ves.

Al final se mezclaron la presión familiar y un cierto sentido práctico: siempre podría dedicarse a los libros como hobby. Así que Martel cambió el mundo de las letras por el mercado de los valores bursátiles, la ley de la oferta y de la demanda, las oscilaciones de la economía mundial, organigramas, estadísticas, matemáticas financieras I y II, contabilidad de costes. Si deprimente resultase todo esto para los legos en la materia, la Facultad de Administración y Dirección de Empresas en Tafira posibilitaba –y posibilita– el disfrute de un paisaje campestre cuasi idílico, verde y amplio, para el solaz estudiantil, mientras que, cosas del destino, el Obelisco de los filólogos, en pleno centro de la urbe, vivía al son de coches y ruidos, de prisas y tiendas. Martel, vistas las cosas, opinaba que la realidad superaba a la ficción, puesto que era impensable marco tan novelístico para iniciáticos economistas. Creía que la literatura le perseguía.

Pero, como queda mencionado, nuestro hombre sufría el desacierto para desarrollar su afición, mas un mérito, o por lo menos una característica, sí que se le otorgaba. Tenía particular facilidad para ingeniar títulos. Para ello no había que estrujarse mucho las ideas, sino que fluían nada más empezar a mover los labios.

–Oye, Martel, ¿cómo le pondrías a una fábula sobre animales que mueren por culpa del efecto invernadero?

–A qué te refieres, no entiendo.

–Sí, hombre, algo así como una extinción por culpa del mal uso que hacemos del medioambiente.

–Ah, bueno, pues podías llamarle *Tras la huella del monóxido* –en este punto engolaba la voz, recalcándose, como para causar efecto en el solicitante, que le devolvía el favor con un cumplido.

–Eres grande, Martel, qué grande. Nunca se me hubiera ocurrido.

¿Más ejemplos? A patadas. *Muerte en la ciudad atlántica*, apasionante a la par que truculenta novela negra; *María Catana*, sobre una inmigrante que aprende artes marciales para subsistir en el país de acogida; *Los labios quebrados*, sobre el desamor y el abandono de parejas; *El dueño del naife*, burda copia local del Maestro de Esgrima perezrevertiano; *Birlibirloque*, para quienes sueñan con que la lotería les hace ricos; *Economía subterránea*, claramente influido por la carrera; *Maculadas*, que narraría la desgracia de las mujeres maltratadas; *Espejo opaco*, tratando el fracaso de un adolescente en su tránsito a la edad adulta; *Amor en el Guiniguada*, intento de un Benartemi contemporáneo; *El júbilo de los viejos*, mitad humor mitad drama en la tercera edad... Hasta se inventó una trilogía rarísima, no de pseudo-ciencia ficción, sino supuestamente para describir al sexo masculino: *El hombre mosca*, *El hombre ante el diluvio* y *El hombre redivivo*. Otra retahíla de títulos, ya se ha dicho, siempre florecían en el campo fértil de su imaginación: *Luces largas*, *Trampas bajo palio*, *La brega*, *Días en que no te quise*, *Prostituyendo las matemáticas*, *Viaje de ida sin vuelta*, *Escenario*, *Belleza bella*, y así se llegaría al infinito.

No se entienda con ironía. Él mismo se sorprendía de lo bien que le salían y de la presunta buena acogida en los demás. Bueno, tal vez hasta fuera contraproducente, puesto que el buen recibimiento conllevaría ilusiones, las ilusiones traerían ganas de escribir algo, las ganas de escribir se convertían en planes de argumentos, los planes justamente se planeaban

y al final... Pues al final, desgraciadamente, unos párrafos inservibles o hechos pedazos, pescadilla que se muerde la cola. Martel, a todas luces, era un fracaso literario.

Y no puede pensarse que no lo intentara, al revés, la constancia rayaba con la testarudez, inflexible para reconocer que nadie prestaría atención a sus escritos de mala muerte. En la ciudad, las escasas editoriales existentes, además de alguna que otra imprenta, ya habían tomado contacto con él, es decir, que él, echándole valor a su juventud y escabulléndose de bastantes clases pesadísimas, había tocado las puertas en busca de una oportunidad, de una mano comprensiva, de alguien que consintiera poner en marcha la maquinaria para que le fabricaran su dichoso libro. Qué placer sería ver en la calle alguna publicación suya, no importaría el tamaño: cuatrocientas páginas, u ochenta y cinco, quizá veinte, ¡cuatro folios de un microrrelato! Lo que sea. En todos los casos recibía una respuesta parecida.

–Muy bien, chico, déjanos una copia, tus datos y ya te llamaremos.

–Tenga, tenga, ya lo tenía preparado. Muchas, muchísimas gracias.

–Ah, de nada, de nada. Venga, venga. Hasta luego, hasta luego.

Y ese hasta luego se convertía en un hasta nunca y, cual acción aprendida mecánicamente por editores, tipógrafos, secretarías y recepcionistas, el dossier ipso facto pasaba a un cajón –que debía de tener un fondo profundo y oscurísimo. Ese cajón, tiempo después, casi como parte de un método de actuación ancestral, era expurgado por alguna señora de la limpieza, eficientísima en su labor, que cumplía a rajatabla la consigna de dejar como los chorros del oro la oficina. Depauperado, por tanto, el proyecto de Martel pasaba directamente al cubo del olvido, eufemismo de basura para no herir susceptibilidades, aunque algún documento hubo que, como mucho, alcanzó el dudoso logro de engrosar la lista de papel para reciclaje.

No es de extrañar, pues, que Martel considerara cualquier biblioteca, por su abundancia, como un sanctasanctórum, reliquia intocable que le inspiraba profundamente. La General de la Universidad tenía un embrujo místico para quien, como él, descifraba historias escondidas tras los enunciados. En la planta principal, alzando un poco la vista, uno ya se

encontraba con hileras de libros (grandes, pequeños, rojos, azules, viejos, nuevos) como anticipo de las dos plantas siguientes, repletos los anaqueles, fascinando a los ojos cultos que se fijaran. Para más inri, varios pasillos quedaban ocultos pero también con tesoros para los exploradores, y algunas salas específicas, como la de Autores Canarios, rellenaban el panorama. En el subsuelo, enmarcados por una amplísima cristalera, como para visualizar ante el mundo que allá abajo había gente, tenían –y tienen– su hueco los libros más técnicos, o más aburridos según otra interpretación. Martel era de esta opinión. Recordaba el primer enero que se pasó allí estudiando para los exámenes cuatrimestrales. Fue un suplicio. Cuántas tentaciones y tener que concentrarse en el Derecho de la Empresa I, una Sociología de baratija, apuntes en el debe y el haber, las Matemáticas del espacio. Los resultados fueron bajos, rayanos en lo mediocre. Se juró no volver a la *biblio* en tales circunstancias.

Martel, huelga comentarlo, no fue un estudiante modélico, e imposible fue que acabara la licenciatura en los cuatro años prefijados. La cafetería era polo de atracción para aquellos remolones que optaban por una partida a la ronda o al póker, como fiel exponente de los beneficios (ingresos menos gastos) a los que aspiraban los neófitos administradores y empresarios. Entre cafés, cervezas y fotocopias de apuntes revendidos y manoseados, Martel veía a las chicas emperifolladas y a los chicos arreglados, ambos en acompasada armonía. Los erasmus, para adaptarse sin problemas, asumían el mismo rol apático. Había en todo aquello algo que le desagradaba en su fuero interno, algo superficial, y se lamentaba de no estar en otras facultades en teoría más libres y abiertas.

En esas estaba cuando un día de febrero recibió una noticia que le alteraría el humor, transformándole. El Consejo Social de la Universidad se decidía a activar unos premios a la creatividad para estudiantes, entre ellos uno de relatos cortos. Qué alegría, qué satisfacción, por fin una oportunidad irresistible y encima dentro del mundo que lo cobijaba. Ahora la victoria sí era posible, y si todo salía bien, sería un broche de oro en su trayectoria, porque en junio, Dios mediante, estaría licenciado y, por esas fechas, darían a conocer el veredicto.

Pero la fortuna no quiso congraciarle. Aun haciendo encaje de bolillos para simultanear las asignaturas de la especialidad en Recursos Humanos y el estudio de la Econometría pendiente, su cuento de una vagabunda medio loca solo había causado miradas compasivas

en los miembros del jurado, aparcándolo en el vagón de cola de sus preferencias. Martel, cuya orla disfrutó por todo lo alto, ya que por fin saldría de aquel ambiente denostado, esperó y esperó una llamada comunicándole que había ganado, que publicarían *La cenicienta de las calles*. Mas esto nunca se produjo. Y a principios de noviembre, cuando ya engrosaba las filas del paro, conoció el resultado adverso. Otra vez volvían a cerrársele las puertas del cielo. Desesperado y harto, Martel urdió la venganza. Una fría tarde de viernes, aprovechando la ausencia mayoritaria de gente, que se preocupaba en cumplir con los rigores tradicionales de la fuga de San Diego, se dirigió solícito a la Biblioteca de Informática, cerca del edificio de Ciencias Básicas, que no era más que un sótano solitario, con la única presencia de libros raros e indescritibles. Allí, con furia y unas tijeras, empezó a rasgar páginas y páginas, pedazos de letras por los aires, hasta que la seguridad lo detuvo con rapidez. Pese a su intención, el daño fue nimio, tan solo tres ejemplares en inglés y con un contenido secundario. Curiosamente en casa, sobre su escritorio, había dejado una nota con el último título de su ocurrencia: *El fuego de Alejandría*.

Esta patética historia de Martel llegó a mis oídos, o más exactamente a mis ojos, a través de un foro internauta de egresados de la ULPGC, que fueron articulando pieza a pieza el puzle narrativo que aquí he expuesto. Incluso puede hablarse, por qué no, de la aparición de una especie de club de fans solidarios con su causa. Conmigo también ha podido, y estoy dispuesto a defender su honra. Por eso, querido lector, en espera de próximos acontecimientos, voy a ir encendiendo la mecha.